

OLIVEIRA MARQUES. ADIOS A UN GRAN HISTORIADOR¹

Oliveira Marques. Farewell to a great historian

Hipólito de la TORRE GÓMEZ

Conocí a Antonio Enrique de Oliveira Marques en el otoño del 73, poco después de instalado yo en Portugal para trabajar en mi tesis de doctorado. Aún puedo ver en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de Lisboa su figura espigada, a la que me dirigí sin que nadie nos hubiera presentado. Le puse al corriente de la investigación que me ocupaba, recibiendo desde ese mismo momento una ayuda preciosa en mis primeros pasos por la historia de la I República Portuguesa. Fue aquel el inicio de una amistad sin interrupciones, que sólo llegó a término con su fallecimiento el 23 de enero de 2007.

La historiografía española, que sabe poco de Portugal, no ha reparado cuanto se merece en el nombre insigne de Oliveira Marques, y sin embargo esta «balsa de piedra» peninsular ha perdido a uno de sus mejores historiadores. ¿Por qué?

El joven Oliveira Marques, nacido en 1933, se licenció a los 23 años en Ciencias Histórico-Filosóficas con un trabajo sobre *A Sociedade em Portugal nos séculos XII à XIV* donde se alumbraba ya al medievalista de fuste que enseguida vendría a ser. En octubre de ese mismo año de 1956 salió becado para Alemania, iniciando sus investigaciones de doctorado que, completadas en otros archivos ex-

¹ Considerablemente reducido, este texto fue publicado en ABC de 1.º de febrero de 2007 y reproducido en el valioso catálogo organizado por la Dra. Manuela Rego (*A. H. de Oliveira Marques 1933-2007. 50 años de historiador*, Lisboa, Biblioteca Nacional de Portugal, 2007) para la exposición bibliográfica que le tributó la mencionada Biblioteca Nacional entre los días 21 de junio y 14 de septiembre de 2007

tranjeros (Francia, Holanda, Bélgica, España, Inglaterra), darían lugar a la realización de una brillante tesis sobre *Portugal e a Hansa na Idade Média*, defendida en 1960. Para entonces era ya profesor en la Facultad de Letras y tenía por delante una prometedor carrera universitaria, que en 1962 vino a malograrse por el irremediable choque de su figura y de sus ideas independientes con el atosigante clima político y social de aquel país aún anclado en los valores pacatos del poder salazarista. Su posicionamiento junto a los estudiantes en las huelgas académicas de aquel año le cerraron el camino de la inminente promoción como profesor extraordinario y acabaron por alejarle durante toda una década de la docencia universitaria en Portugal. No truncó, no podía truncar esa desdichada circunstancia, la carrera imparable del notable historiador de la Edad Media, autor de numerosas e innovadoras obras y de una preciosa *Guia de História Medieval Portuguesa* que demostraba la precisión y pulcritud de su conocimiento de las fuentes. Gracias a su talento, a su formación cosmopolita y a su manejo de las lenguas, le quedaba abierta la puerta del extranjero. Y Oliveira Marques encontró en los años siguientes su acomodo profesional en los Estados Unidos, donde entre septiembre de 1965 y junio de 1969 ejerció la docencia en las universidades de Alabama, primero, y luego, ya como profesor catedrático, en la de Florida.

Esos años fueron fundamentales para el historiador y para la historiografía portuguesa, porque allí, enfrentado a la carencia de una síntesis sobre la trayectoria histórica de su país, acometió el empeño de escribir una *História de Portugal*, que enseguida hizo fortuna. Era la primera, completa y moderna, que se publicaba. Pensada para cubrir un vacío historiográfico, especialmente sentido por los alumnos universitarios, tuvo un éxito inesperado, con traducciones a varios idiomas (también al español) y sucesivas ediciones, corregidas y ampliadas hasta el presente, en las que incorporaba los últimos hallazgos de la investigación histórica. Así, el consagrado investigador medievalista que nunca dejó de ser, acabó deviniendo también en el historiador con mayúsculas de la «larga duración» histórica de su patria, que más tarde vendría a retratar de forma exhaustiva en las monumentales *Nova História de Portugal* y *Nova História da Expansão Portuguesa*, promovidas y dirigidas en compañía de Joel Serrão.

También en los Estados Unidos, y en la germinación de la referida síntesis de historia portuguesa, descubrió Oliveira Marques el injusto olvido, cuando no el injurioso tratamiento de que habían sido objeto los hombres y el tiempo del parlamentarismo republicano. Su *I República Portuguesa. Para uma visão estrutural*, publicada en 1971, abrió las puertas a la historiografía académica sobre aquel régimen en particular y sobre el siglo xx en general. Siguiendo las pautas allí trazadas de una ambiciosa metodología totalizadora, sus posteriores estudios abordarían ya siempre, con cuidadosa precisión de datos, los escenarios de la política, de la economía, de la sociedad, de la cultura, de la dimensión ultramarina, en fin, incesante protagonista en la historia del país. Ya nunca más abandonó Oliveira Marques esa pasión intelectual, y hasta emocional, por el régimen republicano, es-

tudiado con tanta y tan confesada empatía como rigurosa imparcialidad. Por su mesa de trabajo pasaron los archivos de algunas de las principales figuras del régimen de *Octubre*, como Alfonso Costa o Bernardino Machado, cuyas peripecias políticas, tan estrechamente ligadas a las del propio país, fueron viendo la luz en sucesivas publicaciones documentales. El incansable Oliveira Marques, siempre exigente con las fuentes, publicó también una monumental *Guia da I República Portuguesa*, sin la que es ya de todo punto imposible trabajar en el período.

No quiso ir más allá. Aunque naturalmente lo conocía bien y lo había abordado en su Historia de Portugal, el «Estado Novo» no le interesaba, como en alguna ocasión llegó a confesarme. Le faltaba esa necesaria empatía que debía sentir todo historiador hacia el objeto de su estudio. Y era verdad, porque, salvo en las grandes obras de conjunto, su empeño investigador nunca rebasó la frontera de 1926/33; si acaso, para seguir un tanto a los derrotados republicanos en la oposición y el exilio.

El nuevo Portugal surgido de aquel memorable *25 de Abril*—que tuve por cierto el privilegio de vivir y disfrutar a su lado— vino a darle por fin todo el reconocimiento que merecía. Obtuvo el rango de catedrático, dirigió durante algún tiempo la Biblioteca Nacional, recibió un homenaje académico casi multitudinario, con asistencia del entonces Presidente de la República, General Ramalho Eanes, y prestó sus mejores saberes y esfuerzos a la creación de la hoy tan prestigiada *Universidade Nova de Lisboa*. La concesión en 1998 de la *Grã-Cruz da Ordem da Liberdade* fue el justo reconocimiento del Estado a su persistente defensa, siempre cívica y apartidaria, del valor supremo de la libertad.

Porque, en efecto, nunca pudo ni quiso ocultar Oliveira Marques su perfil ideológico e intelectual, tan nítidos y leales a sí mismos. Era rabiosamente liberal, intensamente republicano, declaradamente crítico tanto del marxismo como del conservadurismo reaccionario. Se comprende así su militancia en la Masonería, donde llegó a desempeñar cargos importantes. Y, ¿cómo no, si la masonería portuguesa, cuyo prestigio y respetabilidad social han llegado intactos a nuestros días, fue manantial de toda la historia del liberalismo portugués, tanto con la Monarquía como bajo la República? Por eso su *História da Masonaria em Portugal* y su *Dicionário de Masonaria Portuguesa* son obras imprescindibles para quien quiera comprender la historia contemporánea de Portugal.

Pero, sobre todo, y sin pontificar *ex cátedra* ni ceder a la exhibición de huecas elucubraciones metodológicas; con su propio hacer cotidiano y la expresión sencilla de sus convicciones más profundas, Oliveira Marques ha indicado el camino justo del historiador: la historia, toda ella, como ambición de conocimiento; la elección de tiempos, de problemas, de acontecimientos, de enfoques, asumidos sin complejos, sin pagar tributo a las «modas», porque no había historias —decía— de primera, de segunda o de tercera categoría, sino que lo que validaba la labor del historiador era el «rigor del tratamiento», que se resistía «a ceder a tentaciones de síntesis brillantes, tan pronto envejecidas»; que reclamaba «obras sólidas de investigación,

auténticos pilares de todas las construcciones de conjunto futuras». El rigor...y, además, el «amor» a lo que se estudiaba, porque el odio o la indiferencia sólo conducían al error o a la amputación de ese «mundo emocional complejísimo» que siempre vivificaba el pasado. Había que leer en sus obras la cuidada precisión de los datos, la racionalidad con que encadenaba las explicaciones, la prosa limpia y sobria, sin concesiones pseudoliterarias, con la que expresaba su análisis, para comprender en toda su hondura el valor de esas sabias recomendaciones.

Oliveira Marques, ciudadano de Occidente, cuyas principales lenguas -entre las cuales el español- hablaba con pulido y fluido esmero, era un portugués cabal, heredero de esas selectas elites de las que tan pródigo ha sido siempre el país vecino. En su equilibrado juicio del mundo no cabía menosprecio o recelo de España, sino todo lo contrario: admiración ponderada y reconocimiento de la común stirpe ibérica. ¡Cuántas veces le escuché elogios sincerísimos a la hermosa capital que él veía en Madrid, comparable sin el menor desdoro con todas las grandes que él había frecuentado por esos mundos de Dios! Sentía la necesidad de una estrecha vinculación entre los dos países peninsulares e, incluso a raíz de las grandes transformaciones vividas por Portugal después del *25 de Abril*, trató de impulsar una Liga Iberista que podría ofrecer un nuevo escenario histórico a la querida patria, ahora huérfana de su histórica dimensión ultramarina. Nuestra correspondencia de esos años conserva la huella de esas iniciativas iberistas suyas y de las discrepancias que yo no le ocultaba. Porque, español enamorado de su país, sólo podía yo entender a Portugal en su individualidad irreductible dentro de la Península. A sus solicitudes ibéricas, respondía yo con una defensa del dualismo. De hecho creo que ningún español que sienta palpitar la profunda realidad portuguesa querría ser iberista. Un portugués en cambio, sí podría en algún momento postularlo sin riesgo de identidad, porque siempre llevará la patria en lo más fervoroso de la conciencia, como la llevaba, más que nadie, Oliveira Marques.

Nunca dejó de trabajar, y en sus últimos años publicó, con João José Alves Dias, un voluminoso y lujosísimo *Atlas Histórico de Portugal e do Ultramar Português*, que subrayaba su dimensión de historiador del largo tiempo y del plural acontecer en cualquiera de sus dimensiones. Pero estaba delicado de salud y sobre todo decaído. De ese tramo final de su vida recuerdo un encuentro en Madrid y, no mucho después, otro en Lisboa, en su propia casa, un enorme caserón, junto al Panteón de portugueses ilustres —con cuya proximidad bromeaba— decorada con característico refinamiento, que le permitía convivir sin agobios con la formidable biblioteca formada a lo largo de tantos años con pasión de bibliófilo y recursos de gran señor. Me franqueó siempre las puertas de sus caudalosos conocimientos, de su rica biblioteca, de algunos de sus archivos particulares, que me permitieron familiarizarme con el apasionante mundo de la I República y publicar bajo sus auspicios un interesante volumen sobre la contrarrevolución monárquica. Le dediqué mi primer libro y me hizo el honor de prologar el segundo. Guardo como el trabajo más querido las páginas que escribí sobre su historiografía de la República en el libro-homenaje por su jubilación que coordinaron dos ilustres co-

legas portugueses. Creí llegado el momento de pagarle algo de lo mucho que él me dio. Me equivoqué, porque él siempre podía darme mucho más, como aquella carta de agradecimiento donde me regalaba el elogio de haber interpretado fielmente su visión y su pasión por el universo republicano, lamentando que esa sintonía intelectual de ambos («les beaux esprits se rencontrent», escribía en la ocasión) no se hubiera plasmado en colaboraciones más asiduas. Comprendí que estaba dando por vencido su tiempo, donde nuestra amistad se instalaba ya en el reino entrañable de la «saudade». Allí está también para mí, inamovible, inolvidable, la figura admirada y querida de ese gran historiador portugués.

Oliveira Marques era urbano, lisboeta, cosmopolita, receptivo al disfrute intelectual y de los placeres sociales y vitales que a menudo ofrece la existencia. Tenía pánico al avión y gozaba con los largos recorridos en ferrocarril y en barco. Cuando tenía que atravesar el océano en sus viajes entre Portugal y los Estados Unidos, echaba mano del transatlántico. «Es un mundo en extinción —me decía a poco de conocernos— que no debes perderte». Él mismo era en cierta manera parte de ese mundo que ya se adentra en la lejanía y nos deja huérfanos en esta orilla donde tanto impera la mediocridad.